

Cuarto Centenario de la muerte
de San Francisco Javier.
Opinion, 6 Abril 1952
Abril 1552

CRISTIANDADES DE MALUCAS

Por el P. MIGUEL SELGA S.J.

Cuando a la vuelta de Japón Javier llegó a Malaca se encontró con un fajo de correspondencia. Entre las cartas recibidas había una de Ignacio de Loyola, en la cual se declaraba que se había formado una nueva provincia Jesuítica, que abarcaba desde la Arabia hasta Japón y que de esta provincia Javier quedaba nombrado y constituido provincial. Las cartas que habían llegado de las Malucas daban cuenta del estado de aquellas misiones. A la vista de aquellas cartas recordaba Javier sus ministerios espirituales en Ternate, las confesiones, los catecismos diarios, doble sermón los domingos, en la misa para los Portugueses, después de comer para los cristianos de la tierra; particularmente aun oír aquellos cantares piadosos que en lengua Malaya

contaminados por el ambiente de los gentiles: es verdad que aminorados por las dificultades de aquella isla y acosados por las persecuciones y suplicios, los padres Morales y Gonsalvez, que no tenían temple de mártires, habían rehusado permanecer en aquel ministerio y habían sido despedidos de la compañía por el superior P. Juan de Beira. Es cierto que el Rey de Gilolo había organizado una persecución tan furiosa contra los cristianos de Morotai que los de tolo juntamente con los de otras islas adyacentes habían apostatado de la fe: pero después del ataque de Tolo y la destrucción de Gilolo había sido tal la renovación espiritual de aquella isla que el P. Beira había recibido en el seno de la iglesia cinco mil apóstatas y gentiles en un día y quince mil en una semana. A Javier la isla de Amboina evocaba más grates recuerdos. Tenía presentes los siete pueblos de la isla, a quienes había evangelizado: seguía admirando la providencia de Dios en traer a Amboina los restos de la armada de Rui Lopez de Villalobos, que, habiendo salido de

(Pasa a la pág. 15)

antaban con brío los niños por las plazas, las niñas y mujeres en las casas de día y de noche, los labradores en los campos y los pecadores en el mar. Tenía presente el santo como por consejo suyo habían elegido un hombre de la ciudad que, vestido en hábitos de la misericordia anduviese por las plazas, todas las noches, con una linterna en una mano y una campana en la otra, y cuando en cuando parase encomendando con grandes voces las ánimas de los fieles cristianos, que están en el purgatorio y después por la misma orden las ánimas de aquellos que perseveraban en pecados mortales, sin querer salir de ellos, "de los cuales se puede bien decir que borrados sean del libro de los que viven y con los justos no sean escritos." que conocía

experimentaría ahora Javier al ser informado que la misión de Ternate, seguía próspera bajo la dirección del P. Alonso de Castro, portugues, y que en su escuela se educaban al mismo tiempo los hijos de los jefes de la isla de Morotai y los hijos de los oficiales y comerciantes portugueses. Para Javier, Morotai era la isla de contrastes fuertes: arboledos espesos, lluvias torrenciales, erupciones volcánicas, temblores frecuentes. Javier que tal vez jamás había sentido un temblor, ni en Navarra, ni en Portugal, se ve precisado a confesar que "es cosa para espantar ver temblar la tierra y principalmente el mar." En cuanto a los habitantes, los montaraces eran expertos en acabar la vida de los enemigos con ponzoña que daban en el comer y beber. Los musulmanes monopolizaban el comercio de la nuez moscada, el clavo y el sándalo y los cristianos vivían sin instrucción religiosa

Méjico había intentado ocupar definitivamente las Filipinas, pero que maltrecha y diezmada por la peste y el hambre había tenido que refugiarse en las Molucas. Con gran consuelo de su alma recordaba Javier los ministerios espirituales con los soldados y oficiales de la armada, así en confesiones continuas, como en predicarles los domingos, visitar enfermos y ayudarlos a bien morir: durante la ausencia de Javier, los musulmanes no habían mejorado, pero el misionero Nuno Ribero que Javier les había señalado había logrado convertir más de dos mil indígenas y había vivido entre ellos como verdadero apóstol del evangelio. Dos veces había padecido naufragio, al visitar los cristianos de las islitas; había sufrido con resignación cristiana que los moros le quemaran el tugurio en que vivía: había convertido a la fe al indígena contratado por los moros para que diera muerte al misionero: después de diez y ocho meses de trabajos apostólicos había muerto víctima de su vocación, emponzoñado, según se decía, por los enemigos del cristianismo.